

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

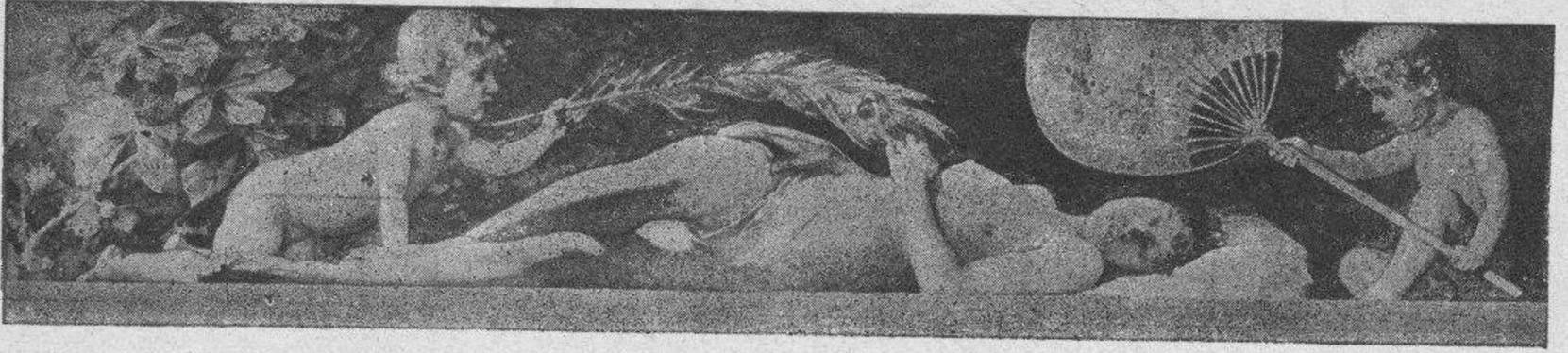
Año IX

Barcelona 18 de Agosto de 1898

Núm. 404



— ¿Quién se embarca? Marinerita soy del barco del amor.



## *¡Nuestro verano, bohemios!*

Digo como me lo han contado, que cierto joven gustaba de tenderse á la sombra de los árboles, y perder en actitud perezosa los más de los días.

Abriáanse los ojos desmesuradamente para que le bañase las pupilas el azul de los cielos; aguzábase los oídos para que le regalasen el alma los pajarillos con sus cantos y las hojas con sus murmurios. Entendía, en fuerza de estar echado, todo aquel lenguaje misterioso de la Naturaleza y de la inmensidad.

Pasó un viejo, apoyándose en bastón nudoso. Su barba era blanca y fina; su tez rugosa; su andar pausado y noble. Sonrió mirando al mancebo y siguió su camino.

Hallóle al siguiente día en aquel sitio de igual manera, y entonces se detuvo y le interpeló amablemente:

—Amas la pereza, joven.

—Viejo—repuso el muchacho—amo la paz.

El anciano meditó: «la paz está con Dios y con Dios no están siempre los hombres: hace bien». Y echó á andar. Pero otra tarde le dijo:

—Cuando yo tenía tus años me movía ágilmente, vadeaba los ríos, saltaba las torrenteras, subía á las cumbres... Amaba la libertad del salvaje.

—¿Qué oficio era el tuyo?—preguntó el interpelado.

—Cortaba leña en el monte; buscaba nidos en los árboles; perseguía cervatos y jabalíes.

—Tu oficio era destruir.

El anciano meditó alejándose: «La Naturaleza es reparadora, no aniquila: hace bien.» Pero otra mañana preguntóle:

—¿Y tu oficio cuál es?

—Soñador.

Meditó el anciano: «hace bien, no tendrá tan fuertes y vigorizados como yo los músculos, pero sí más despierta y viva el alma. Los tiempos son otros: conozco que los jóvenes caminan como yo caminaba; pero de otra manera, caminan al ideal, y por eso éste adora tanto los horizontes azules.» Y se fué.

Ocurría esto un verano tranquilo, en que el áspid del mal dormía debajo de una rosa.

\*\*\*

Transcurrieron los años y otra vez pasó por allí el viejo. Su barba era más blanca y más fina, pero no se apoyaba en el bastón nudoso; iba silbando un aire guerrero, himno de su juventud, y llevando el compás con un junco en el aire. Caminaba ágilmente. Preguntó:

—Joven ¿no amas?

—Amo la vida que es bella; amo la luz que es hermosa; amo los perfumes que son gratos...

Y fué el joven interrumpido:

—A Dios se le ama en todo eso, yo le he amado también; pero es preciso amar á la mujer y amar á la patria. Hasta aquí has soñado, joven, y yo he dejado que soñaras, porque he creído que así se llenaban tus ojos de azul y tu alma de ideal. Es preciso que ahora te agites y te muevas; que bajes de la cumbre al llano. Has de saltar torrenteras, como yo las salté, pero son otras las tuyas, y para esos saltos estás dispuesto tú; yo descolgaba nidos y perseguía tigres, porque mi papel en la humanidad era batirme con las armas en la mano contra las pasiones; los guerreros han luchado ya, y ahora entran los soñadores. La patria pide el esfuerzo de tu inteligencia, el empuje de tu ideal, como antes reclamó el esfuerzo de mi brazo y el empuje de mis odios. No permanezcas tendido y soñando, que así tu existencia será ociosa é improductiva.

Han sonado los tiempos; joven levántate y ama.

El joven vacilaba, pero en aquel instante el áspid del mal, que dormía en el tallo de una rosa, se despertó y picó al mancebo: éste dió un grito doloroso y el viejo dijo con la sonrisa en los labios, haciendo ademán de aplastarlo:

—Yo ya no puedo. Ahora te toca á tí.

\*\*\*

Este es el cuento que me han contado para que yo os lo cuente á vosotros.

Jóvenes soñadores, bohemios de la vida, escuchad las voces que vienen revolando en nimbos luminosos de lo azul: el verano dora con su sol esplendente los frutos: ha concluído la primavera del ideal y hemos entrado en la estación abrasada y ardorosa; el verano convida á la pereza de las siestas, pero también activa y enciende la sangre. Poetas á quienes enmudeció el espíritu frío, del cálculo y cuyos cantos apagó la trompa de la guerra, descolgad las arpas: ha rejuvenecido la santa poesía. Bohemios, no soñéis: ha vuelto el estío con sus llamaradas de luz.

Han sonado los tiempos: ahora nos toca á nosotros reconstruir la patria.

J. F. Luján.



La Saeta

— ¡Qué susto se van á llevar aquellos mirones figurándose que es difícil el salto. Estamos acostumbradas á darlos mortales!

## Noche de viaje



— Lo bueno que tiene el verano es que puede una estarse al fresco, sin peligro del rubor y sin permiso de la modista.

Tren expreso de Madrid á Irún. Interior de un coche de primera. Maletas y cestas de viaje, mantas y neceseres lujosos. Las personas que ocupan el coche son adineradas, aunque no viajen en berlina, reservado, etc., pues como están así las cosas...

Personajes: Condesa viuda del Zarzalejo, 52 años, pelo blanco, sencillo traje obscuro, velo por la cara.

Su hija Luz, 19 años, bonito traje gris hechura sastre, morena, ojos muy vivos. Sabe mucho: en las Ursulinas aprendió toda clase de labores, en sociedad muchas cosas.

Luis, hijo y hermano, respectivamente, de las anteriores; tipo inglés; manera de vestir igualmente inglesa, 21 años; lleva en la mano una novela de Zola.

Pepita, 28 años, guapa, muy guapa; rubia y muy pintada, formas espléndidas, traje provocativo, blusa de seda azul y falda negra, muy ceñida por las caderas. Profesión: labores propias de su sexo... cuando se es guapa. Viaja sola.

Don Andrés Garagarza, 52 años, bolsista, gran vividor y hombre alegre; á pesar de sus años ¡ejem! ¡ejem!

Son las once de la noche. Se ha roto el hielo á las primeras estaciones, después de «¿Le molesta el humo?», «Llevamos buen viaje», «Hermosa noche», etc.

Hablan.

Don Andrés. Sí, señora; hemos sido muchos los maltratados por estas cuestiones.

Condesa. Nosotros, por los cambios, hemos desistido de nuestro veraneo en Francia. Vamos á Zarauz.

Don Andrés. Habrá mucha gente que la imite.

Pepita. Sale poca este año.

Luz. Dicen que la Compañía pierde dinero.

Don Andrés. Y todo el mundo. Hoy lo más caro es el dinero.

Pepita. Tiene usted razón; hay menos y la gente lo guarda más.

Condesa. No hay humor para fiestas.

Pepita. También es verdad; ahora todo el mundo se queda en casa; cuando los maridos se dedican sólo á sus mujeres, malo.

Luis. ¡Ejem! ¡Claro!

Don Andrés. ¿Y usted, señorita, siente el no ir á Biarritz?

Luz. Nó, señor; aquello es monótono; es un San Sebastián más pequeño, aunque más vistoso. La vida de siempre: por la mañana, *la plage des fous*; por la tarde, excursión á Bayona ó Anglet, un paseo y luego casino; y por la noche, más casino. Total, aburrido.

Pepita. Y luego, es fastidioso el que haya tanto francés.

Don Andrés. ¡Hijita, es natural, en Francia! Digan ustedes que sienten dejar á Madrid.

Luz. Nó, yo nó. Ahora estaba muy tonto; no había diversiones; por las noches, los Jardines únicamente; ópera barata. ¿Le gusta á usted?

Don Andrés. ¿El qué, la ópera? ¡Phs! Diré á usted. Esa música *sabia* me gusta á ratos; francamente, prefiero *El Santo de la Isidra* ó *La Revoltosa*.

Luz. ¡Oh, *mon Dieu, quel sacrilège!*

Condesa. Pues hay óperas muy bonitas. *Lohengrin*, por ejemplo.

Don Andrés. Es insoportable aquel dúo del segundo acto.

Luz. Sí; pero el del tercero es precioso.

Pepita. Yo no comprendo la desesperación de la tiple; no es lógica.

Luz. ¡Claro! En una noche de novios y con un hombre tan guapo...

Condesa. ¡Niña!

Luis. Verá usted, señorita; no es oro todo lo que reluce.

Pepita. ¿Nó? ¿Por qué?

Luis. Porque el tenor se llama José, como el personaje bíblico...

Luz. ¡Ay, pobre hombre!

Condesa (á don Andrés). Estos muchachos van por terreno resbaladizo, y es que oyen cosas...

Don Andrés. En sociedad se aprende mucho.

Condesa. Nosotros tratamos poca gente, vamos poco á reuniones; no íbamos más que á casa de unos amigos, los de Hiestrosa.

Don Andrés. ¡Hombre! También he ido yo varias ve-



— Chica, los cangre'os son como los hombres; se agarran con fuerza, y si te descuidas, muerden.

ces; y á propósito, dígame usted, ¿oyó allí *lo de la Generala con Ruiz?*

Condesa. ¡Calle usted, por Dios! Aquello era un escándalo, un compromiso para todos; ya ve usted, juntos toda la noche ella, el marido y el amante. Estábamos viendo que el General concluía por enterarse; así es que la de Hiestrosa tuvo que tomar una determinación.

Don Andrés. ¿De veras? ¿qué hizo?

Condesa. Significó de una manera clara á la Generala, que al mismo tiempo que á ella y su marido, no podía seguir recibiendo á Paquito, porque se exponía á que el marido advirtiera algo de lo que *expresivamente* pasaba entre ellos, y hubiera un disgusto.

Don Andrés. De modo que Paquito...

Condesa. Nó; era amigo antiguo; quedaron en que la Generala iría sin el marido.

Don Andrés. Tiene gracia Paquito...

Luz. ¿Hablan ustedes de Ruiz?

Condesa. Hablamos de los de Hiestrosa.

Luz. *Aquello* era demasiado serio; aquel don Blas...

Don Andrés. Es que se debe á su posición de hombre público.

Pepita. ¿Cómo dice usted?

Don Andrés. Hombre público; ha sido ministro...

Pepita. Y siendo *eso*, ¿se es serio? Pues yo creía...

Luis (á Pepita). Según; en ese sexo, sí; en el otro, nó.

Luz. Si es un hombre que hasta en la mesa es insoportable.

Don Andrés. Si que está desganao; tantos años en el poder...

Luz. Y qué, ¿el Gobierno quita las ganas?

Don Andrés. Figúrese; las carreteras y empréstitos no son fáciles de digerir, y don Blas ha abusado de ello.

Luz. Pobre señor; sirviéndose adoquines con mayonesa y grava á la *maître d'hotel*.

Condesa. Nos despedimos de él en la *Kermesse* del otro día.

Don Andrés. ¡Ah, sí! Brillante fiesta.

Pepita. Yo también estuve; me convidó á horchata un condesito y dió cien pesetas. Lástima de dinero. ¡Si lo sé!...

Don Andrés. No le deja V. ser espléndido.

Pepita. ¡Malicioso!

Luz. Se reunieron doce mil pesetas. Y eso que los caballeros se hacían los remolones; fué necesario que les sacáramos nosotras mismas el dinero de los bolsillos, y había algunos que se lo metían en los del pantalón.

Luis. Yo pagué veinte duros por un clavel que la Suárez, la tiple, llevaba en la boca.

Don Andrés. Pagó usted más de lo que vale *el florero*.

Pepita. Siempre se dejan caer los jóvenes.

Luis. Pero con mucha dulzura.

Pepita. Cuando no resbalan.

Luis. Entonces se echa mano de cualquier asidero, y le aseguro á V. que si tiene interés en ello me expongo con mucho gusto á romperme el bautismo.

Pepita. Gracias. No soy aficionada á las piruetas. Hay quien se ríe viendo caer á un hombre y hay quien se santigua. Yo nó.

Luz. Manolo, cuando puso quinientas pesetas en la bandeja, dijo «32, rojo».

Luis. ¡Ja, ja! Creyó estar en el casino.

Condesa. Vamos, veo que van ustedes á pasar el camino divertidos.

Don Andrés. Más vale así; en un viaje tan largo...

Condesa. Si yo pudiera dormir...

Luz. Inténtalo; yo seguiré hablando bajo.

Condesa (arreglándose). Vaya, hasta Miranda.

Luz. Yo no puedo dormir habiendo alguien.

Don Andrés (á Pepita). ¿Y usted?

Pepita. ¡Ah! Estoy acostumbrada.

Luis. Pues yo dormiría... dormiría... (mirando á Pepita); es decir, estaría despierto...

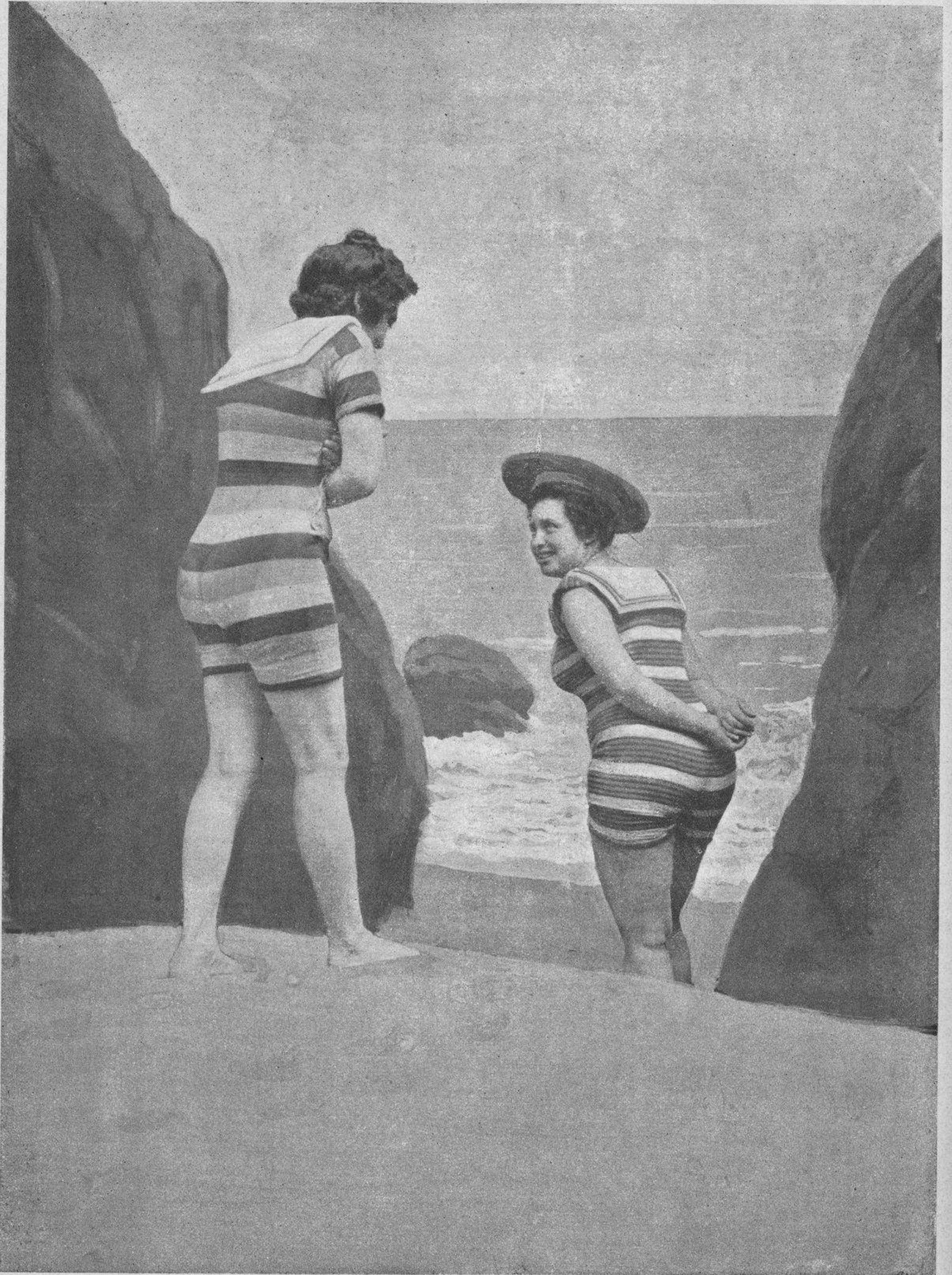
Luz. ¡Chico! No sabes lo que dices.

Condesa. Vamos, buenas noches.

Luz. ¡Tápate!

Don Andrés. Descansar, si se puede. Pues verán ustedes. Viajando yo por Francia una vez. . . .

MIGUEL ARDAM



—¿Creerás que estoy temblando?  
— ¿De frío?  
— N6, de miedo.



## Por qué me gusta el verano

Lema: ¡Qué guapas son las mujeres!

(POESÍA EN PROSA)

Pues sí, me gusta.

Porque mi temperamento es inflamable y mi natural friolero, casi frígido.  
Porque son las mujeres más hermosas.

Porque hay más frutos (no sé si de bendición, no he consultado las estadísticas).  
Son en mi tierra los que se recogen durante la canícula más exquisitos y sabrosos.

Y porque no creo en Schopenhauer. Ete pesimista del norte, (que parece haber escrito sus obras rodeado de brumas, en la mesa de un sombrío tabernáculo, echando al ambiente en densas espirales el humo de su pipa) asegura que la vida es dolorosa. Protesto. La vida es alegre. Todo consiste en saber vivir.

La vida es una ilusión, y las ilusiones, agradables, ricas, son como los perfumes de las flores.

Flor ajada no da aromas. El alma seca tampoco.

La vida es un vaso de vino... y el vino es néctar que exprimen las cepas, y las cepas se ponen orondas, precisamente en verano.

\*\*\*

La filosofía de la vida es exactamente igual a la filosofía del fumar y a la filosofía del beber. El que sabe beber y fumar, sabe vivir.

Yo bebo el chipre en vasos de oro, dijo el poeta.

Se me figura que tienen más talento los orientales, puesto que se embriagan con opio.

Fumar y beber hasta provocar el estado gozoso, la alegría fácil, ligera, sana: ahí está el secreto del filósofo; cuando no se posee, la nicotina envenena, y el zumo de uva hace daño.

Resumen: fumarse un cigarro es lo mismo que fumarse la vida: beberse un vaso de vino es lo mismo que buscar en el fondo del vaso nuestro sér. El buen bebedor paladea.

Pues eso: ¡hombres, paladead la vida; no la agotéis de un sorbo!

\*\*\*

¿Cómo soy frígido y á la vez inflamable?

Porque Dios ha equilibrado mis fuerzas; así he aprendido á vivir, y llegaré al fondo del vaso, sorbo á sorbo, sin encontrarme dolorosamente con la nada, con la fría impotencia del cristal. Es una razón para que yo reniegue de Schopenhauer.

¿Y cómo son las mujeres más hermosas en verano?

Porque se aproximan más á la Naturaleza.

A la naturaleza *Poesía*, á la naturaleza *Gracia*, á la naturaleza *Dulzura*, á la naturaleza *Luz*.

Mirad si es agradable el paseo en cualquier tarde de verano: enramadas de hojas verdes, crepúsculo luminoso, rayos solares blanquecinos, perfumes, risas que rompen como los capullos... y niñas que son como las rosas.

Todas ellas (las jóvenes, no faltaba más) parecen niñas.

La sencillez de sus vestidos refleja con supremo arte las formas. Esta es la estación en que con más talento visten las mujeres *su desnudo*.

La coquetería, sin que deje de ser pudorosa, es más vaga... verdaderamente ideal.

El instinto del color se aguza, y así ocurre que hay armonía completa entre los vestidos, las caras de las mujeres y la madre común.

La carne es más viva, más fresca. El color del vestido casa admirablemente con el color de la carne y con la luz que alumbra y pinta la atmósfera.

La transparencia de las telas se confunde con la diafanidad del ambiente.

Todo es rosado y bello.

Les ocurre á las mujeres lo que á las flores: se *abren* en primavera, se *destapan* en estío.

Precisamente, porque soy frígido é inflamable, he descubierto tantas bellezas y adoro el verano tanto como odio el invierno.

¡Ah, el invierno! No da flores, ni mujeres hermosas.

\*\*\*

### La Saeta

Los hijos de la nieve, los que se refugian en las tabernas de ambiente enrarecido y ven, á través de las espirales de humo, sombrío el cielo, pueden clamar que la vida es triste. Que vengan á este dulce y esplendoroso clima donde la tierra se abre y se agrieta, porque no puede resistir las caricias del sol relampagueante; donde la mies se dora y el racimo espera la mano que le exprima<sup>9</sup> y el labio que le chupe; donde los insectos entonan cantinelas á la luz, emborrachados por los rayos ardorosos; donde no hay que subir á las cumbres para que el fuego estalle en volcán; donde los ojos de las mujeres son como ascuas vivas... donde se perpetúa el amor, que es la juventud perenne.

Que vengan los hijos de la nieve: yo les brindaré, no el chipre, sinó mi dorada y dulce manzanilla, mi encendido vino de Alicante; y les brindaré, no en vaso de oro, pero en copa de cristal, para que después de apurarlo renieguen de sus tristezas y declaren que la vida es grata, encantadora, alegre.

Oh, sí; los hijos del sol, amamos la alegría y nos pronunciamos contra la vida dolorosa.

¡Hurra al verano, que encierra en las uvas de nuestras cepas los rayos que buscaban los alquimistas, y enciende la sangre en la tez de nuestras damas!

CLAK



¡Qué bonito mirador!

### ¡Baños, baños!

Yo no me baño; pero no importa, agrádame ver como se bañan los demás.

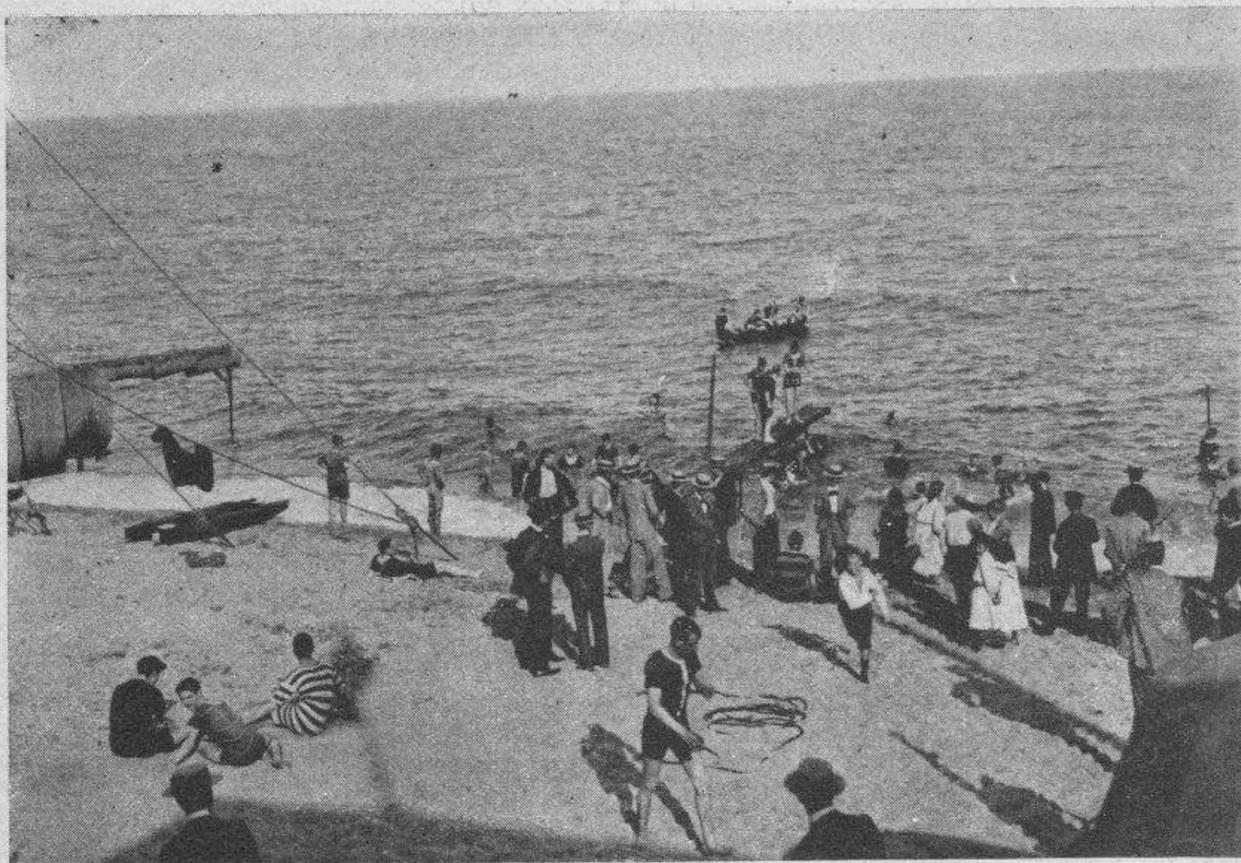
Sobre todo si son mujeres las que se meten en la onda, y no porque yo sea curioso, sinó porque digo, acordándome del gran trágico: «La perfidia abre los brazos á la perfidia.»

Crean ustedes que es el tal espectáculo notable y entretenido.

Y vuelta á las aclaraciones, caballeros; digo entretenido en la acepción más pura é inocente de la palabra. Claro que entretiene á uno ver muchachas muy lindas que salen de las casetas para zambullirse; que se arrojan al mar (como muchos que yo conozco á la desesperación), y flotan, nadando; ó que se revuelven por la arena: y claro también (no lo niego) que es entretenido, porque las mujeres son más hermosas que los hombres, y la pupila se solaza en la contemplación de la belleza; pero conste que, sin dejar de halagarme, no es en realidad lo que me entretiene eso.

Mis pensamientos más altos pican. Remóntanse á fuertes disquisiciones, considerando que la ola hace como el gato, que gusta de que le pasen la mano por el lomo; ó viendo los juegos locos de las criaturas bellisimas con la espuma: la onda se calla; deja que la azoten, que se revuelvan, que la insulten echándola por el aire, y á lo mejor... ¡paf! el gato crece, crece, y echa su zarpazo de tigre...

Son deliciosas las playas y admirables los tiempo. He conocido yo época en que los maridos no podían bañarse con sus respectivas esposas.



Badalona. — La playa á la hora del baño.

Se trazaba una línea, que era como lienzo ideal. Ponia guardias armadas el Municipio, y el mozo que osaba acercarse cincuenta metros antes de la división, recibia en premio á su curiosidad un trabucazo.

Ahora nó. Ahora podemos todos admirar libremente lo que fuera de esta estación se negarian á mostrarnos las damas, y tendrian ellas por pecado imperdonable.

Hemos progresado.

Claro que sí: hasta las mujeres van á ver como se bañan los hombres.

Y lo que es éstos, francamente, no son ni tan hermosos, ni tan discretos en su tocado marítimo. ¿Ustedes creen que es signo de cultura y decencia lo que ocurre? Yo declaro que nó.

Pero, en fin, hay que aceptar los hechos consumados y hay que transigir con la civilización.

Por mi parte digo que la ola, pérfida, sabe lo que se hace y que yo la envidio. Me gustaria, aunque no á todas horas, recibir el choque que la inmersión femenil produce.

Y digo que me gustaria, porque una vez que esto me ocurrió... del choque resultó una novia.

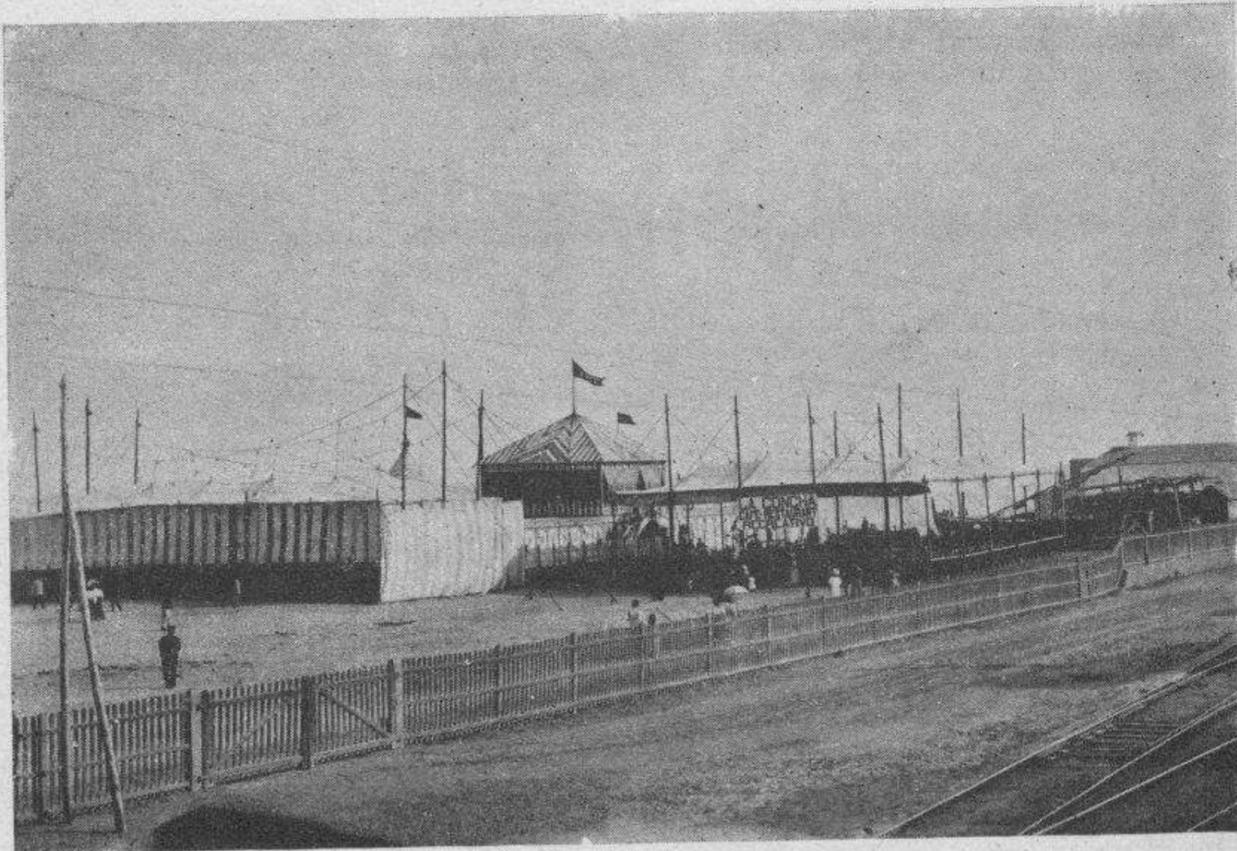
¡Pero qué novia! ¡guapa, guapísima! Me tuvo lelo toda la temporada de baños, y ya últimamente íbamos, con toda inocencia, eso sí, pero en traje de bañistas, á perseguirnos por la playa, á revolcarnos por la arena y á confundir la inmensidad de nuestro amor en la inmensidad del mar.

¿Pues y cuando nos entreteníamos en buscar cangrejos? Saltábamos de roca en roca, cogiéndonos de las manos; liábase ella el vestido entre las piernas, y á lo mejor tenia que agarrarla por la cintura para que no perdiera el equilibrio, exponiéndose á recibir un baño de impresión. En cuanto pescaba uno de aquellos antipáticos animalejos, ya la tenia dando palmadas con regocijo grande; yo iba, le robaba su pesca y la devolvía al Océano.

Un idilio acre que cortó bruscamente la guardia civil, porque aquella muchacha que yo creí poco menos que santita, se fugó de la casa conyugal y ahora la reclamaba el marido.

Por tránsitos.

CLAUDIO UGENA



Badalona. — La concha.

¡Oh dolor!

—Pero, hombre, ¿para qué sirve el verano? (*escupe el señor marqués con aire aburrido y melancólico*). Hace tres días que estoy en este maldito pueblo, y a la hora de llegar me sobraban sesenta minutos de desesperación. ¿No hubiera sido mucho más práctico permanecer en Barcelona? ¿Sí, eh? Supongamos que me quedo: los de Tal y los de Cual, todos mis amigos, declararían á coro que me dominaba el miedo á los yankees. El valor consiste en recibir su visita aquí, al aire libre, sin miedo á sus terribles explosivos... y sin baterías ni fuerzas que me resguarden. Nó, nó, marqués, vamos claros: tú no eres de la madera de los valientes, así te declaren noble todas las heráldicas del Reino. Verdad es, que, como á ti les pasa á muchos de los reputados por juro de heredad azules, y nunca más que en esta ocasión estuvo bien aplicado el mote. Lo cierto y seguro es que tú has salido de la capital, no huyendo de los yankees, sinó de los ingleses, que tienen á todas horas preparadas contra ti sus formidables baterías.

Es claro que esta no es la huida de Egipto, y que lejos de mejorar has agravado, marqués ilustre, la situación. Dijiste que por hastío de las playas francesas te largabas á Suiza, y no has hecho más que tomar un billete de primera hasta el primer punto y quedarte en el litoral. La playa es magnífica, mejor que la de Biarritz, Luchón, Eaux-les-Bains, etcétera; pero en cambio, aquí no hay casinos, ruletas, damas... aquí no hay más que zafios pescadores. Has contratado un empréstito, lo cual te obligará después á vivir á salto de mata, y te has quedado sin gozar de las bellezas estivales.

Porque buenas bellezas nos dé Dios; en este lugarejo no disfruta el hombre más que del canto de la cigarra y de las caricias de los mosquitos. No queda ni el recurso de matar el tiempo, matando pájaros. Aquí no hay caza. ¿En qué se entretiene el noble prócer? ¿En la pesca? ¿Pero se ha visto algo más estúpido que pasarse las horas muertas, resistiendo una solana de p. p. y w., y aguardando que á los señores peces les venga el capricho de picar? Los paseos en la soledad tediosa del campo desesperan: es preciso pasarse el tiempo en la cama, porque en cuanto se acuesta uno á la sombra de los árboles los zánganos de mamá Naturaleza le ponen que no hay por donde cogerlo: ecce homo.

La única ventaja es que no tienes el apuro de jugarte una fortuna, como has hecho todos los veranos ¿y qué, si por no jugártela no la conservarás tampoco? (*Sentándose en una piedra y quedando breves momentos reflexivo.*) La verdad, marqués, los veranos son la calamidad más grande que pudo caer en estos tiempos de mercantilismo sobre nuestra clase dorada, pero ociosa. La imposición de ir al extranjero en *sleeping*; de jugar en Montecarlo, Baden ó Biarritz; de cortejar á la cantante ó á la bailarina de moda ó á cualquier señora, que si no despluma, por lo menos se lleva en regalos y caprichos un dinerito... todo eso y algo más, ha hecho que tú, no puedas conservar el patrimonio de tus mayores.

Di francamente: no te pegas el tiro porque te reservas para el otoño. Entonces, claro, ¿qué remedio? No puedes comer ni pagar, pero ahora... ahora, tengo que pasearme para ir inventando justificaciones con qué demostrar á los hospederos (que en época de mis ilustres antepasados se honraron con recibir al señor), que no les pago... porque los yankees han interceptado las comunicaciones.

¡Oh, el verano! ¿por qué existirá el verano, teniendo yo la necesidad de mantenerme marqués?

( MONOLOGOS VERANIEGOS )

¡Oh alegría!

¡Viva! ¡Viva! ¡Vivaaa!

Se acabaron las punzantes heladas, se acabó el hambre, se acabaron las penas...

Ha llegado el momento de la dicha para nosotros.

¡Viva! ¡Vivaaa el verano!

Al fin la naturaleza es diosa protectora.

El sol caldea la madre tierra; los árboles dan grata sombra á los muchachuelos que, como yo, viven vagabundeando, sin tener donde guarecerse.

En los huertos; en los cercados; en el campo; en todas partes; encuentro la dorada fruta que satisface espléndida las necesidades del aniquilado estómago.

Ahora puedo hartarme sin pedírselo á nadie.

El mundo es mío, y puedo vivir con más desahogo que burgués comodón.

Tengo una casa cuyo tejado es el cielo azul, y la blanda yerba me ofrece delicioso lecho donde descansar de las fatigas diarias...

Mi casa es el mundo.

No necesito ropa: puedo ir, como voy, medio desnudo, sin sentir por ello más que placer divino...

Nada me importa el sastre: para vivir en la estación espléndida de los sazonados frutos, no hace falta otro; traje que el de Adán, nuestro ambicioso ascendiente, que nos hizo perder las delicias del eterno verano, atracándose de los mejores manjares.

¡Maldita golosina!

Por ti tenemos frío en invierno; por ti me ahoga la tos algunas veces; por ti se ha perdido la humanidad para siempre.

Pero ahora...

Vivamos, que el Dios Abundancia está con nosotros.

Vivamos y gocemos de estas delicias, que muy luego vendrá el otoño con su traje negro y amarillo que entristece y hiela.

Gocemos con todas las fuerzas del alma; llenemos el pecho de infalibles dichas; cantemos, como los pajarillos del bosque rebosantes de alegría.

Por la noche está el cielo cuajado de estrellas, que parecen gusanitos de luz, y el suelo plagado de gusanitos de luz, que parecen estrellas.

Los ruidos del campo son semejantes á canciones de ardiente amor.

Las hojas, al entrechocar, parecen besarse enamoradas; ríe dulcemente el arroyuelo, al resbalar culebreando por el estrecho cauce, lamiendo las olorosas flores que alimenta amoroso, llenando de jugo sus raíces...

Alegre como yo está la naturaleza que brinda amorosa su regazo á cuantos desean disfrutar de ella.

Los poetas cantan á la primavera, yo canto al verano; porque el verano, sin más flores que el jazmín, el azahar y el almendro, flores incomparables por su aroma y por su pureza, trae consigo las demás flores hechas fruto.

Gocemos, gocemos...

Llenemos el alma de dichas, para que cuando llegue el invierno con sus días lluviosos y con sus noches de punzante frío, esté nuestro pecho lleno de esperanza; no nos demos cuenta de nuestra desgracia y llenos de alegría esperemos de nuevo al verano lleno de frutos.

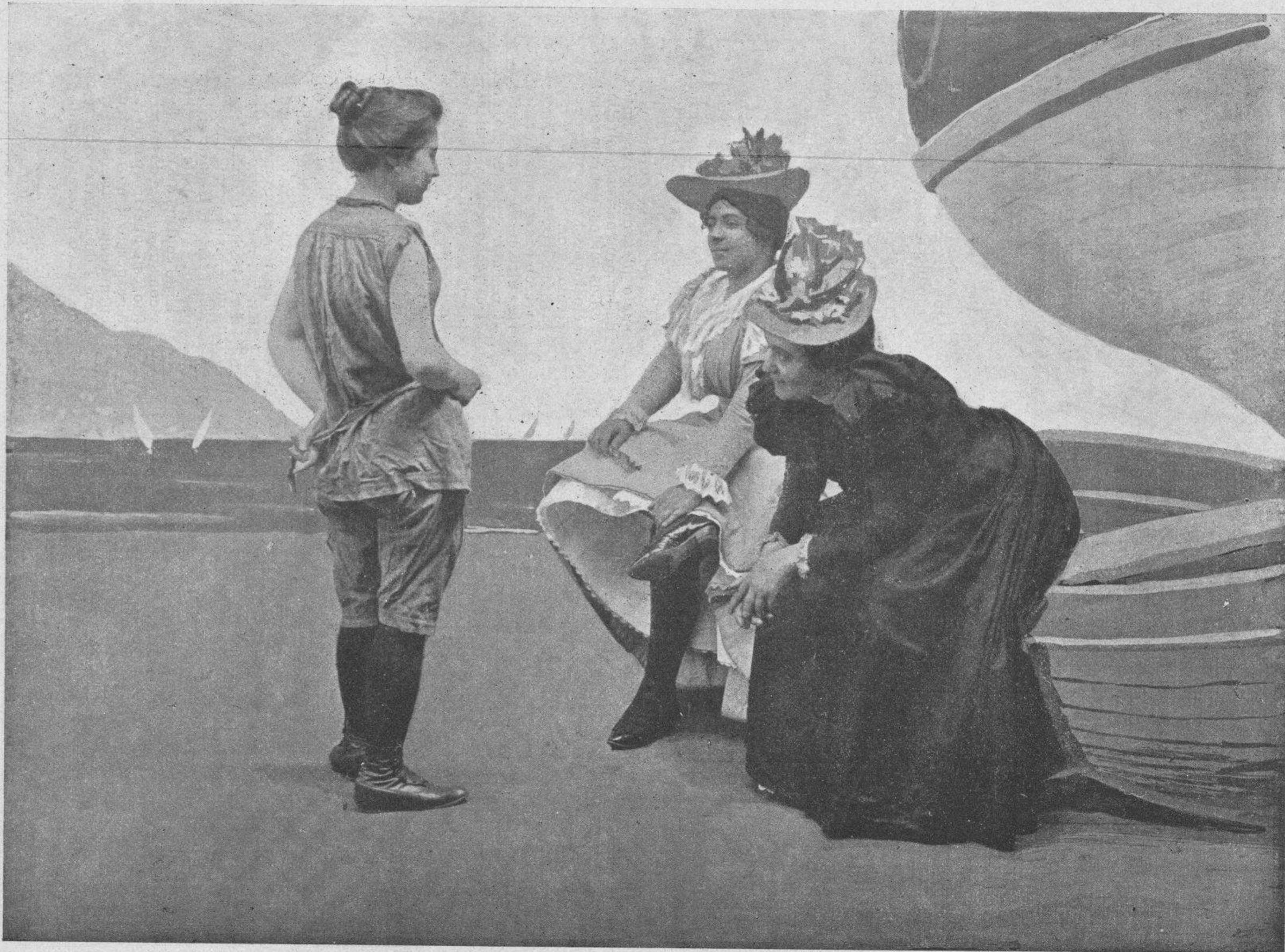
Gocemos, puesto que nuestra casa es como la casa de Dios, que sólo la cubre el hermoso cielo.



— Hay sietemesino de esos que nos miran, que llegaría hasta aquí vestido y todo si les permitiésemos bañarse con nosotras.

PERICO CARDONA

BALTASAR RUIZ LÓPEZ



- Esta playa es tranquila, da gusto venir á refrescarse en ella.
- Pues yo echo de menos la de San Sebastián y la de Biarritz: está una más acompañada y luce más el baño.

## La siesta

Recuéstome cómodamente en el asiento duro, de tosca leña fabricado, é impasible, sumido en profunda somnolencia, sin aliento apenas para moverme, espero á que transcurran las fatigosas horas de la siesta. Los anchos pámpanos de las añosas parras, revistiendo los sarmientos tendidos en todas direcciones por el encañado que de dosel me sirve, me dan fresca sombra, y las tupidas madreselvas que suben y suben hacia el cielo, como perezosa plegaria, evitan, recubriendo la pared, que el ardoroso reflejo del brillante sol dañe mi vista y mis ojos cierre. La tierra arde febril como mujer que da el fruto de generación; oculto por caliginosa neblina está el cielo, de ceniciento azul; no orea el viento la dorada mies que brilla intensamente en la campiña cercana: todo sumido en pesado y enervante reposo, como próximo á expirar. Ni gratos ruidos, ni señales de agitación que delaten fuerza ó vida: sueño letárgico en todo, algo así como compás de descanso plácido y espera, reparadores de perdidas energías... Entornados los párpados, evoco recuerdos felices: horas de amor puro, de entusiasmo ardiente, que pasaron rápidas, dejando fúnebre resplandor en el espíritu, y pienso en las horas que vendrán mientras me aburre el presente: porque estoy solo, completamente solo: en mi blanca casita protegida por la sombra de las acacias y de los naranjos que la rodean, nadie turba el reposo, y tengo ganas de vida, ansias de amar y de que me amen locamente. Hijo de la Naturaleza, ansio dar el fruto que me corresponde; quiero vivir abrasándome en explosión de amor más ardiente que la perezosa siesta...

RUILOP



Dulce reposo

## Sátiras y azotes

¿Los quiere usted de verano, señor Director?

Nada más fácil para mí. Hay jóvenes *pamplis* y *primaveras*, que no dan, ciertamente, en otro extremo ridículo que el de colocarse un clavel muy rojo en el ojal. A esos sólo les echo en cara que no sepan distinguir de flores. Yo, puesto á ser cursi, me adornaría con una rosa blanca, muy blanca. Por supuesto, sobre fondo negro, ó sobre azul.

Pero, en fin, no hablemos de modas, y puesto que al señor Luján se le ha ocurrido encargarme que haga una sección de verano, digo:

Que son de verano muchos de los periódicos que se escriben, y así, como si fuera yo un ergotista, paso inmediatamente á la demostración.

¿Con que de verano? Bueno. No descendería á los mínimos, si eso no fuera. Sátiras y azotes caigan contra los que han adquirido notoriedad; pero por la ligereza que se me exige, tengo que recoger las frases de los que no merecen el juicio que, según los clásicos, resulta de la comparación.

Y valga mi aserto: tomo la explicación del verano por el lado que arde. ¡Uf, qué calor!

\*\*\*

Cojo un periódico notable y leo: «Hoy es esperada en Madrid la respuesta del nuevo «coloso» del siglo Mac-Kinley á la nota de España». El periódico que esto dice, con notorio agravo á la puntuación, no quiero citarlo. Procuro, además, no acordarme de su nombre.

Y prescindiendo de tales pequeñeces: nada hay nuevo bajo el sol, según la sentencia latina; pero como es moda despreciar á los que estudian, aseguro por mi cuenta que si un coloso es nuevo, presupone la existencia de un coloso viejo. ¿Cuál?

Dentro del siglo pueden... pueden serlo muchos: Bismarck, Moltke, Napoleón, y...

Y Sagasta, ¿qué duda tiene?

¿Compara el gacetillero, redactor de verano, á Mac-Kinley con Napoleón? Pues entonces no me río, porque sería mucha honra para él. Albañil, zapatero, tallista... lo que fuere el que tiene un oficio, sin excluir al que así escribe, hace mal, es un mal patriota, si establece comparación tan necia.

Y si es escritor, más. A un honrado y rudo picapedrero no se le ocurre levantar á Mac-Kinley guerreramente tan alto como el capitán del siglo.

\*\*\*

Repasando los telegramas me encuentro en la prensa con este otro: «En el término de Monteagudo (Murcia) se ha cometido un crimen que reviste todos los caracteres de una salvajada.»

¿Pero hay crimen alguno que no sea salvaje?

Ese caballero periodista ignora todo lo que se refiere á sintaxis figurada; en la regular no está muy fuerte; y *ainda mais*, de sociología no sabe palabra mayor.

¡Y pensar, señor Director, que hay mujeres, como Concepción Arenal, que avergonzarían á los que escribiendo, deben no sólo poseer talento, sinó haber estudiado mucho!

\*\*\*

Cierto que en un país donde periódico de la importancia de *El Imparcial* aconseja á Sagasta que abandone el poder, y la gente, en circunstancias en que todo el mundo debe andar con el pañuelo en los ojos, acude á los toros y llena la plaza (indignando santamente á Ruilop), no tienen enmienda estos males.

Aquí todos andamos de verano, motivo por el cual me permito remedar la incomparable poesía de Maragall, traducida por mi compañero Ruiz, diciendo: ¡España, de verano!

TIRÓN



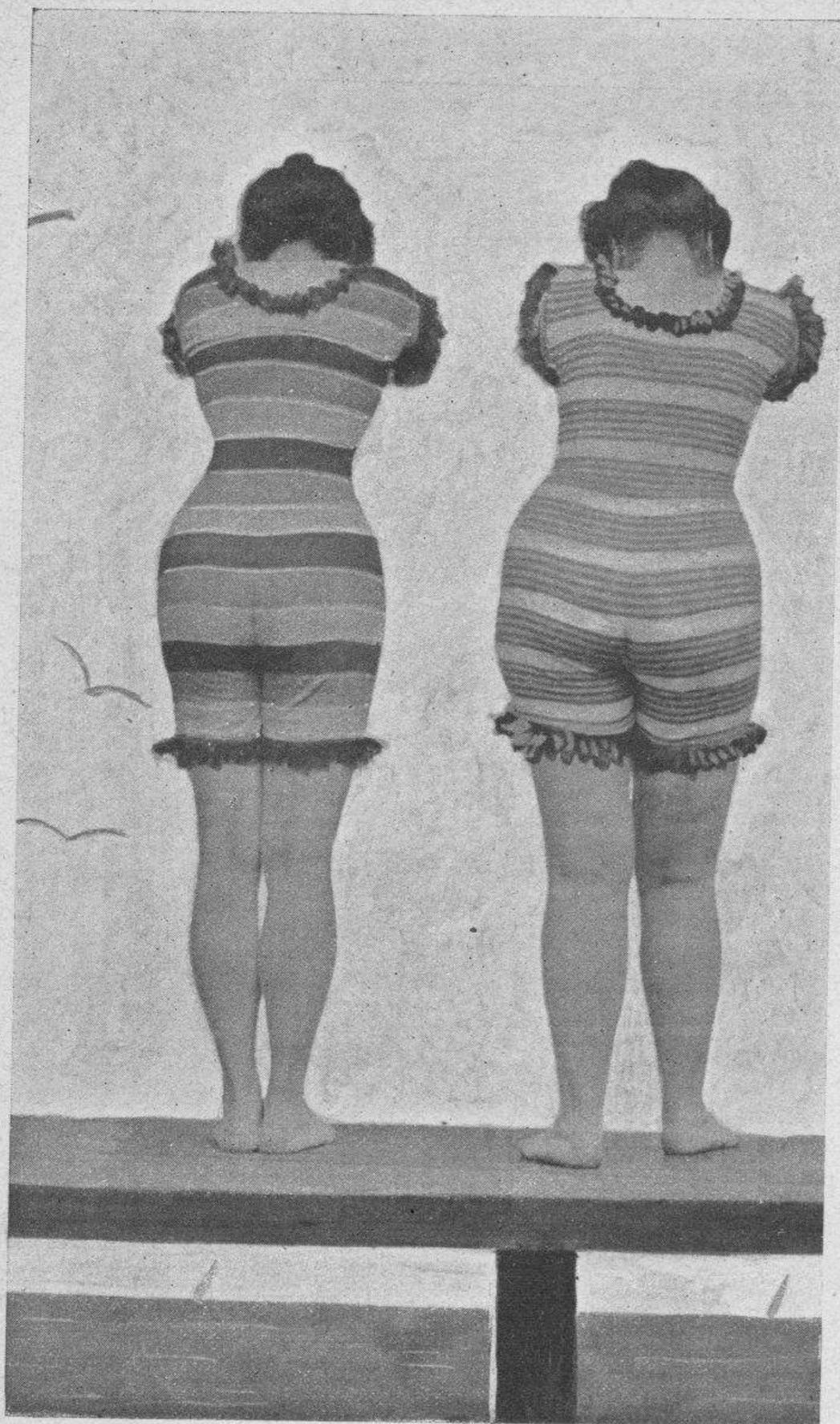
Posiciones académicas.



Posiciones académicas.



— ¡Miren que tiene valor ese hombre para venir á decirme que me adora cuando los calores me obligan á ponerme fresca!



Al agua

## Noche de verano

Es una noche clara  
del ardoroso estío;  
la ciudad silenciosa  
de su labor descansa,  
mientras sus rayos tibios  
vierte la luna entre las vagas sombras.

De trecho en trecho cruza,  
por las calles desiertas  
un hombre solitario,  
y en la quietud nocturna  
largo tiempo resuena,  
el monótono ruido de sus pasos.

Dulce murmullo sale  
de unas altas ventanas:  
es murmullo de besos:  
son dos pobres amantes,  
que silenciosos viajan  
por el país de los azules sueños.

Una escondida lumbre  
anuncia que alguien vela  
en el vecino cuarto;  
quizás, como yo, sufre,  
quizás, como yo, espera,  
quizás trabaja, como yo ignorado.

En tanto en las alturas  
del éter impalpable,  
prosigue su camino  
la misteriosa luna,  
desmantelada nave  
olvidada en el mar del infinito.

Como una blanca virgen,  
murmura el astro pálido  
su mística plegaría:  
¡es la oración sublime  
de los que conservamos  
débiles claridades en el alma!

LUIS DE ZULUETA.

## El grillo

Cuento de verano.

Cuando yo era casi una criatura aún, había cazado un grillo que debajo de las matas decía continuamente:

—¡Ric! ¡ric! ¡ric!

Ana corría conmigo por los campos y la prisión del insecto la alborozó.

Pusimos á nuestra presa en su jaula, pero pasaban los días y las noches y el demonio del grillo mudo, que mudo.

Nos tendíamos Ana y yo, las cabecitas muy juntas, para ver si cantaba, y cierta tarde ella, que era muy maliciosa, me dijo:

—Ya sé qué tiene; suéltale bajo las matas y verás como canta. ¿Para qué lo queremos así, tan triste?

—¿Qué me darás, si te complazco?—le pregunté.

—Un beso.

Aunque yo era una criatura aún, la amaba, y la obedecí inmediatamente.

El grillo, suelto, cantaba otra vez, mientras yo me daba un hartón de besos:

—¡Ric! ¡ric! ¡ric!



## En un abanico

Pasarán del verano los rigores,  
vendrán los días del helado invierno  
y este pobre abanico  
en oscuro rincón tendrá su puesto.

Lleno de polvo, abandonado y triste  
pasará largo tiempo,  
y no te acordarás de que en la siesta  
tu frente acarició con su aire fresco.

Cuando llegue otra vez el rudo estío,  
con sus días de fuego;  
porque cambió la moda ó por antojo  
querrás tener un abanico nuevo.

Este entre tanto abandonado y triste,  
si ya no se perdió, tendrá su puesto  
en un rincón, de todos olvidado,  
á pesar de sus flores y sus versos.

¡Es muy triste pensar que en este mundo  
hombres y cosas *sirven* un momento,  
y aún no gastados luego se abandonan  
por un capricho nuevo.

Como del abanico, cuando pronto,  
para no vernos más, nos separemos,  
te olvidarás también de este muchacho  
de cara triste y de rizado pelo,  
soñador incansable que pretende  
ganar la vida componiendo versos.

Me olvidarás, porque eres tú dichosa,  
y se olvida muy pronto cuando el pecho  
de placer está enchido: Dios permita  
que reine siempre en ti puro contento.

Yo seguiré esta lucha sin descanso,  
mientras vivo muriendo.  
al ver que, triste, cuento cada día  
un dolor más y una esperanza menos.

Y no te olvidaré, porque he encontrado  
en tu amistad dulcísimo consuelo,  
y aun después de la muerte  
conservaré de ti grato recuerdo.

RAFAEL RUIZ LOPEZ

¡Al agua!

\* \* \*

Algún tiempo después, cuando ya Ana y yo éramos jóvenes, le dije un día:

—Sábetete que yo tengo un grillo, y es mío aunque tú me lo has robado; ese grillo, como aquel otro de nuestra infancia, cantaba todos los días y ahora está triste: suéltale para que vuelva á su alegre cantinela:

—¡Ric! ¡ric! ¡ric!

—¡Un grillo que yo he aprisionado! ¿y qué grillo es ese?

—Es mi alma que te quiere, que te adora, y tú la tienes presa.

—¿Y qué me darás si la suelto?

—Un beso te daré.

Ana sonrió y poniéndome la mejilla me dijo:

—Bésame, pero no lo suelto: ese grillo le quiero tener yo muy cogidito, le quiero para mí; si le suelto se me escapará como se nos escapó aquel otro, y yo le quiero á éste mucho, mucho. Pero en fin le ataré con las cuerdas de mi corazón para que vuele un poco sin esconderse entre las matas.

Y el grillo entonces extasiado, ebrio de amor y de dicha, volvió á su dulce cantinela:

—¡Ric! ¡ric! ¡ric!

¡Oh! ¡qué hermoso eres verano, que nos traes el amor á la vida y á la libertad!

EUGENIO ESTELLÉS



— Ahí viene Manuel. Dice que no quiere que me bañe sola para que no corra peligro. ¡Tonto! No sabe que las mujeres sostenemos muy bien la horizontal.



— Y no es tan difícil sostenerse. Con un tonel y unas calabazas apuesto á que no me voy al fondo.

La Saeta



## La canción del verano

Cantemos entusiastas  
con música de júbilo  
la canción del verano;  
la canción que no engaña,  
la de los anchos frutos  
pendientes en el árbol.

Mientras los días arden  
y bajo el limpio cielo  
la tierra se aletarga,  
cantemos la gigante  
canción que arrastra el viento  
por las tendidas playas.

Derraman sobre el mundo  
su clásica riqueza  
los dioses del verano;  
con sonrisa de triunfo  
realizan su promesa  
las flores y los campos.

La eterna enamorada  
al despertarse viste  
sus predilectas joyas  
y amable soberana,  
colócase, al dormirse,  
los astros por corona.

Y sus calientes rayos  
desata el sol; y empiezan  
los himnos de alegría  
del labrador, sentado  
sobre las rojas eras  
que colman las espigas.

¡Terminen los cantares  
de las rosas estériles,  
de los amores lánguidos;  
y á los cielos levántese  
el ditirambo ardiente  
del productor verano!

¡Cantemos lo que activo  
germina y fructifica;  
lo que promete y cumple —  
cantemos del estío  
las rebosantes viñas  
y las colmadas ubres!

¡Cantemos, compañeros,  
llevando en nuestras manos  
los prometidos frutos!  
¡A luchar, y entonemos  
la canción del Verano,  
que es la canción del triunfo!

E. MARQUINA

## Cañitas

Es tu cariño lo mismo  
que tempestad de verano,  
que se forja en un instante  
y lo borra un desengaño.

¿Ves lejos de la playa  
luchar las olas  
grandes como la pena,  
majestuosas?...  
Junto á la orilla,  
enlazadas se besan  
entre caricias.

Las olas y los hombres,  
nos parecemos;  
odiamos al que quiere  
lograr un puesto;  
pero alcanzado,  
el que es nuestro enemigo  
nos llama hermano...

J. ENRIQUE DOTRES





El médico de un vapor tenía la costumbre de recetar vasos de agua salada á cuantos acudían á su ciencia en demanda de remedio para sus males.

En uno de los viajes, al llegar al puerto en que residía su familia, quiso desembarcar tan de prisa, que perdiendo el equilibrio rodó por la escala, y fué por último á caer en el mar.

Al ruido, el capitán del vapor preguntó que había sucedido, y el contraamaestre, andaluz por más señas, recordando la naturaleza del medicamento favorito del desgraciado Galeno y la fuente de donde lo traía, contestó:

—Nada, señor; es el físico que se ha caído en el botiquín.

El médico de un regimiento visitaba á los enfermos del hospital Militar.

Entre otros, se le presentó un granadero, alto y fornido como una encina.

—¿Qué padece Vd.?—le dijo.

—Señor, que no puedo dormir.

—Entonces tome Vd. una purga y quedará corriente.

Al otro día volvió á presentarse el granadero.

—¿Ha hecho efecto la purga?

—Sí, señor; pero no puedo dormir.

—¿No? Entonces cargue Vd. la dosis.

El soldado tomó una purga capaz de reventar á un caballo.

Al día siguiente sucedió lo mismo.

—No puedo dormir,—dijo al médico.

Este le mandó sangrar, pero la sangría no produjo mejor efecto: entonces el médico asombrado le preguntó:

—Diga Vd., hombre: ¿come Vd. bien?

—Sí, señor.

—¿Digiere Vd. bien?

—Sí, señor.

—¿Y conserva Vd. buen apetito?

—Sí, señor.

—Pues ¿qué diablos tiene Vd. entonces para no poder dormir.

—Señor, la cama plagada de chinches.

Quando se hizo la publicación de las obras completas de Mendelsonhn, dirigida por el hijo del célebre compositor, un músico francés preguntó al joven editor:

—¿Cuál creéis que sea la peor obra de vuestro padre?

—Yo,—contestó el joven.

Al lado de este rasgo de modestia puede citarse el de Luis Racine, hijo del autor de *Atalia*.

En su biblioteca se veían cuidadosamente coleccionadas y encuadernadas con primor las obras de su padre; pero en la numeración de los tomos faltaba el primero.

—Pero ¿dónde está el tomo primero?—decían todos los que visitaban la biblioteca.

—El tomo primero soy yo,—respondió Racine.

## CHARADAS

I

Tengo una *prima tertia*  
que me ha mandado.  
mi primito *dos doble*  
que está en Almagro.  
Como le quiero,  
en mi *todo* de casa  
la alzaré luego.

MORENO.

II

Un *tercia segunda prima*  
me ha traído del *tres dos*,  
una *prima dos y tertia*,  
con la cual me lavo yo,

A. SÁNCHEZ CARRERE.

## Jeroglífico Comprimido

D. Todo LA COSA  
Particular

LUÍS LÓPEZ DE LOME.

Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA: VILLANO

TERCIO SILÁBICO: C A R T E R O  
T E R E S A  
R O S A R I O

ROMBO LOGOGRÁFICO:

N  
T O S  
N O T A S  
S A N  
S

CUADRADO:

P A N  
A O  
A R O  
E I  
N O S

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO:

ENVIDIOSA

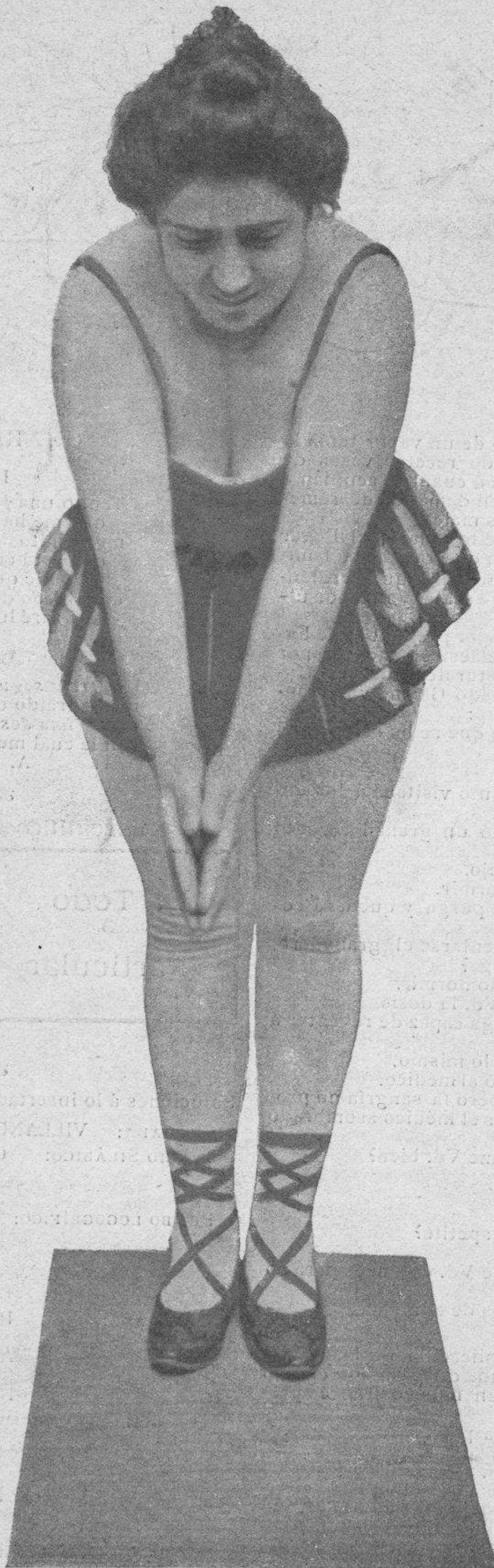
## Correspondencia

J. Q.—No sirven.

V. M. F.—Guadalajara.—Lo publicaré.

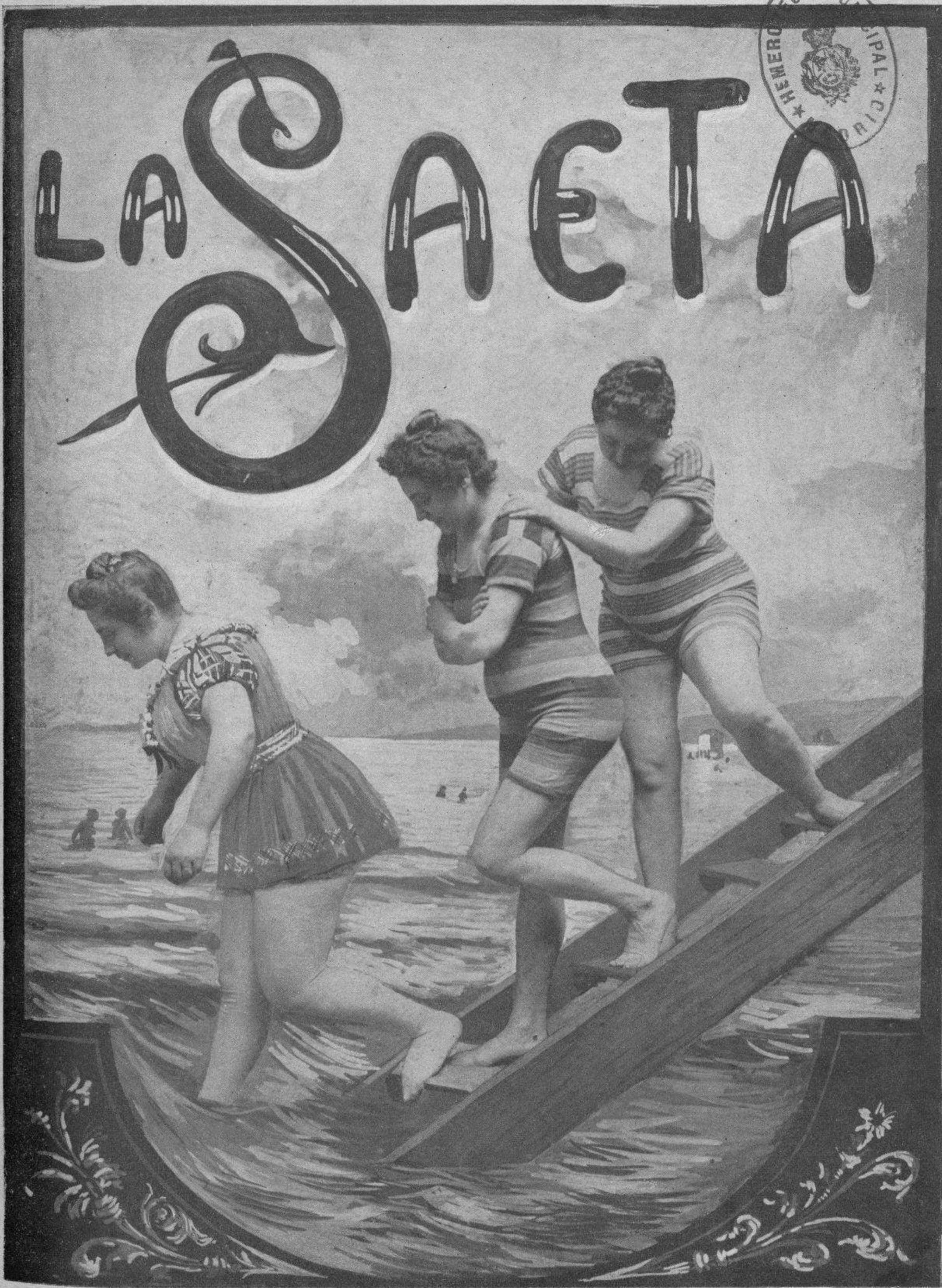
L. L. de L.—Madrid.—Aprovecharé algunos.

K. Mará.—Sirven las charadas, Procure mandar juegos de pequeñas dimensiones.





# LA SENAETA



20 cénts.

Núm. 405

